



Cuentos para leer en lo que fumamos un cigarro, mientras hacemos tiempo en un bar, en lo que llega el autobús; cuentos como pequeños fósforos, que no por efímera, su luz es menos perdurable, quizás porque ayuda a encender otras luces, en lo profundo de nuestro recuerdo. El minicuento, últimamente de moda (ver número 02/2006 de la revista **El Cuentero**), es un género narrativo que ofrece al escritor un verdadero ejercicio de depuración estilística y conceptual, un reto para decir “más con menos”, dejando una ventana abierta para que el lector complete con sus propias ideas lo que quedó bajo el velo de la insinuación, como dijera Luis Brito: *El minicuento nace del amorío entre narrador activo y lector interactivo.*

Jorge Luis Marrero (Ciudad de La Habana, 1970), graduado del Instituto Superior de Arte, en 1994, ha realizado varias exposiciones en Cuba y el extranjero que le sitúan dentro de la promoción joven del arte contemporáneo cubano. Sin embargo, ahora lo descubrimos como escritor, recientemente egresado del Centro de Formación Literaria *Onelio Jorge Cardoso*. Ante esto siempre habrá quien frunza el seño desconfiado, habrá una esposa que se preocupe porque la literatura no da para los fríjoles, habrá la duda del artista que ya tiene una carrera sólida en un terrero y se aventura en otro, pero también habrán ganas de escribir, porque hay cosas que no se pueden decir de otra manera, porque escribir divierte, relaja... Yo creo que eso es lo que hace Marrero, y lo hace bien.

## Antimusa. Jorge Luis Marrero.

–No se por qué cobran diez pesos, sí tienen un servicio tan pésimo como las guaguas.

–No, de verdad que no me lo explico.

Atraje el mal:

–¿Malecón?

–Sí –la breve y socarrona repuesta– Subo por Galiano –tardía la aclaración; terminé pagándole.

Refunfuñar acerca de la estafa, mientras me las arreglo para que me proteja de la llovizna, un paraguas desvencijado. Debiera no tener que ir que tan lejos para revisar mi correo.

No hay silla vacía (máquina disponible)

Espera.

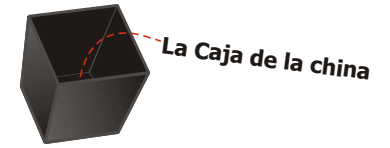
Ahora quiero tener la fuerza de mi lado, para inducir hambre, jaqueca, unas caga-leras apremiantes. Lo que sea, a ellos; que siguen pegando el culo a mí codiciado *yahoo*.

Por fin uno se levanta.

¿Lo logré?

Barato premio: No me gané una beca en Holanda, ni un premio en Tijuana; o una estancia en Canarias.

Dos horas, “bajando”, dos fotos; para que mi mamá se enternezca viendo los progresos de un sobrino en Noruega.



–¿Dónde te metiste? Estaba asustada.

–La conexión estaba del carajo.

En la noche, mi mujer y yo (permítaseme este breve consuelo machista), intentamos ver una película. Cabeceamos.

–Grábamela puchi –se va a la camita y quedo a cargo del video.

Al final, proeza increíble: recupero el hilo de Fassbinder.

Misión cumplida. A las dos de la mañana, el héroe busca su medalla. Masajeo sus nalgas, pego el “mandado”. Y:

–¡Repinga ya, que tu no tienes que trabajar mañana!

Insomnio.

Me aferro a la canequita de ron que vegeta en el congelador. Miro la ciudad desde mi balcón. Tiene una vista excepcional.

¿Qué va a pasar aquí?

Son horas en las cuales quisiera ser poeta.